

te, y aun le hizo honores extraordinarios; pero desechó sus peticiones. «Señor, dijo el Papa, supuesto que procedéis así, yo me marchó á Francia á buscar al rey Pipino que hace mucho tiempo me insta á que pase á su corte.» Esta palabra fué un rayo para Astolfo, que no esperaba oír semejante novedad. Empleó alternativamente y con gran secreto las promesas y amenazas para hacer mudar de resolución al Pontífice; mas la presencia de los embajadores de Francia que le acompañaban, incomodaba extraordinariamente al lombardo. Previó todas las consecuencias del viage de Esteban, y las presentia mas funestas si apelaba á la violencia. Los embajadores por otra parte tomaron el tono conveniente, así á la dignidad de la corona de Francia, como al amor religioso que el monarca francés profesaba á la Cabeza de la Iglesia. Pidieron pasaportes para el Papa y su comitiva y no se atrevió á negárselos, y así se pusieron en camino sin dilacion el dia 15 de noviembre, á pesar de todos los inconvenientes de la estacion, que creyeron preferibles á los de una permanencia mas larga.

El Sumo Pontífice fué recibido en Francia con las demostraciones mas vivas de una tierna y profunda veneracion. El limosnero mayor Fulrado salió á recibirle hasta los Alpes, y desde allí le acompañó hasta Pontyon en Champaña donde estaba la corte (1). Carlos, hijo primogénito de Pipino, de edad de doce años, salió á recibirle á treinta leguas de distancia, y el mismo rey salió también á una legua. A su llegada se apeó del caballo y se postró haciendo lo mismo la reina, sus hijos y los señores de su comitiva, y anduvo algun tiempo al lado del caballo en que iba montado el Pontífice, sirviéndole de escudero. El Papa, con los prelados y el clero

(1) *Annal. Met. ann. 755.*

que le acompañaba, entonó algunos cánticos que continuaron hasta llegar á Pontyon, que fué en el dia de la Epifania á 6 de enero de 754. Luego que puso el pie en tierra, hizo regalos magníficos al rey y á los señores. Al dia siguiente compareció con todo su clero cubierto de ceniza y cenido del cilicio, se echó á los pies de Pipino, y protestó que no se levantaria hasta que el rey y los señores le aseguraran su libertad y la del pueblo romano contra la tiranía de los lombardos. El rey prometió con juramento que les haria ceder la ciudad de Rávena y todas las otras plazas del imperio, y que haria quedasen cumplidos todos los deseos del Pontífice.

Entretanto dispuso que le llevasen al monasterio de San Dionisio, y con afecto filial ordenó que se le proveyese de todo lo necesario para su comodidad y descanso, y para el restablecimiento de su salud. A pesar de estas providencias cayó tan gravemente enfermo, que en breves dias desearon de su vida: solamente él conservó una viva confianza en Dios, en medio de la estincion total de sus fuerzas; y una mañana que creían verle espirar, le hallaron perfectamente sano. Se cuenta que San Dionisio, patrono de aquel lugar, se le apareció durante la noche, acompañado de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y que el príncipe de los Apóstoles dijo al santo mártir que se le concedia la salud de Esteban, y que mandaron al enfermo que se levantara inmediatamente, consagrarse uno de los altares del monasterio que le señalaron, y en él ofreciese el santo sacrificio en accion de gracias (1). En efecto, el Papa quiso levantarse desde luego; pero los asistentes atribuyeron este deseo á delirio; por cuya razon refirió el Pontífice al rey y á los cortesanos el favor milagroso que habia reci-

(1) *Anast.*

bido del cielo. Su salud repentina y el entero restablecimiento de sus fuerzas persuadieron aun á los mas incrédulos.

Esteban hizo la dedicacion de la iglesia el 28 de julio que en aquel año de 754 cayó en domingo; é inmediatamente despues de esta ceremonia, y antes de celebrar el santo sacrificio de la misa, consagró de nuevo al rey Pipino, y le presentó la corona. Como Childerico vivia todavía, tenia Pipino mucho interés en hacer ratificasen su eleccion los señores franceses y en dar la mayor solemnidad á su inauguracion recibiendo de manos del Soberano Pontífice la corona. Sus dos hijos, Carlos y Carloman, cuyo bautismo se habia diferido hasta esta ocasion, fueron al mismo tiempo bautizados y coronados por el Pontífice, que fué su padrino, y prohibió á todos los franceses presentes y futuros, en nombre de San Pedro y bajo los mas terribles anatemas, darse reyes de otra linea. Para obligar aun con mas especialidad á Pipino y á sus hijos á que tomasen á Roma bajo su proteccion, les confirió el título de patricios. Pipino habia formado el designio de repudiar á Bertrada por ciertas causas que se ignoran; y Esteban empleó toda su sabiduría y todo su afecto paternal en reconciliar á estos augustos esposos. Créese también que por esta razon consagró y coronó á la reina juntamente con el monarca, á fin de asegurar mejor el estado de esta princesa.

Se consternó el rey de los lombardos cuando supo lo que pasaba en Francia. Para disipar la tempestad que se formaba contra la Lombardia, obligó al abad de Monte-Casino, de donde era monge el príncipe Carloman, hermano de Pipino, á enviar á Francia este ilustre religioso á negociar la paz, y le amenazó que si no condescendia con sus deseos arruinaria el monasterio. Carloman precisado por su abad se presentó en Querci en la asamblea de los franceses;

y el interés de su monasterio le estimuló de tal modo, que de mediador forzoso que era pasó á ser tan ardiente defensor de los lombardos que llegó hasta hacerse sospechoso al rey su hermano (1). Con pretesto de que no podia volver á presentarse con seguridad en Italia, le destinó Pipino á un monasterio de Viena en el Delfinado, en donde murió dentro de breve tiempo. Parece que este incidente dió lugar á las reflexiones políticas que despues hizo el rey sobre lo que podrian hacer algun dia los dos hijos que quedaban de Carloman: y á fin de preaver cualquier movimiento que en lo venidero pudiese por su parte alterar el Estado, los encerró igualmente en monasterios, y el cuerpo de su padre mandó el rey fuese trasladado á Monte-Casino en un ataúd de oro, con una multitud de dádivas preciosas.

No obstante, antes de comenzar la guerra de Lombardia envió embajadores al rey Astolfo para inducirle á devolver á la Iglesia y al imperio todo lo que les habia usurpado: esta especie de apercibimiento se repitió hasta tres veces por consejo del Papa Esteban; pero no contestando Astolfo sino con amenazas, creyeron deber hacerle mudar de lenguaje.

Pero antes suplicó el rey Pipino al Sumo Pontífice que pusiese en el catálogo de los santos confesores á Suitberto, compañero de San Willebrodo, y diferente de San Suitberto, primer obispo de Verden en el siglo siguiente. Deseando el Papa Esteban satisfacer á la solicitud del rey Cristianísimo, encargó el cuidado (segun dice Lúdgero de Munster, escritor de aquel tiempo) de examinar las virtudes y milagros de San Suitberto antes de canonizarle, á los venerables padres y pontífices Hidulfo, arzobispo de Tréveris, Bonifacio de Maguncia, Fulcario de Lieja, é Hildegerio de Colonia, en cuya

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4 pag. 127.*

diócesis había el Santo entregado su alma á Dios. Pero á causa de las incursiones de los sajones y de la expedición del glorioso rey Pipino contra Astolfo, perseguidor de la Iglesia Romana, suspendieron estos venerables Padres la comision hasta que regresó de Italia. Este hecho es muy señalado como uno de los primeros ejemplos conocidos de las formalidades empleadas en la canonización de los Santos.

Después de todas estas disposiciones salió Pipino de Francia al frente de un buen ejército; forzó el paso de los Alpes, redujo al lombardo á encerrarse en Pavia, y puso sitio á esta ciudad. El Papa rogó otra vez al monarca francés que evitase la efusión de sangre cristiana en sus enemigos; y se dispuso un tratado por el cual prometieron estos con grandes juramentos entregar Rávena y otras muchas ciudades. Pipino tomó rehenes y se retiró inmediatamente contra el dictámen del Papa, el cual le aconsejó que hiciese ejecutar el tratado en su presencia. El Pontífice volvió á Roma, donde no tardó mucho tiempo en experimentar lo que había previsto. Lejos de hacer Astolfo las restituciones prometidas, renovó con más violencia que nunca sus tiranías contra los romanos. Fué á sorprenderlos en medio del invierno, puso sitio á Roma en el primer día de enero de 755, y asoló toda la comarca. Los lombardos cometieron escesos espantosos, si se ha de entender á la letra lo que el Papa, penetrado del dolor mas profundo, escribió á Pipino, á quien dice que los paganos mas bárbaros jamás habían cometido atrocidades semejantes. Incendiaron las iglesias, profanaron los altares, confundieron con el botín profano los vasos en que se consagraba el cuerpo del Señor, robándolos después de haberse embriagado. Despedazaron á golpes á los clérigos y á los monges, violaron las religiosas, y dieron muerte á algunas de

ellas: pusieron fuego á las mieses de la Iglesia y á sus quinterías, talaron sus campos, robaron sus ganados, cortaron las vides hasta la raíz, y degollaron á una infinidad de personas, sin perdonar ni aun á los niños de pecho.

Estos extremos á que se hallaban reducidos el Pastor y el rebaño, movieron al Papa Esteban á usar de un espediente del que no se halla otro ejemplar en toda la historia eclesiástica. Para mover mas fácilmente al rey y á los franceses, les escribió en nombre del Príncipe de los Apóstoles, á quien presentaba hablando como si estuviese todavía en la tierra; y presentaba también hablando á la Virgen, á los mártires y á todos los Santos. Esta carta singular, la mas á propósito para pintarnos las costumbres ó el genio de aquellos tiempos, estaba concebida en los términos siguientes (1):

«Pedro, llamado al apostolado por Jesucristo Hijo de Dios vivo, á los tres excelentes príncipes Pipino, Carlos y Carloman, á los muy santos obispos, abades y religiosos, como también á los duques, condes, capitanes y guerreros, y á todo el pueblo francés, salud y bendición. A mí, Pedro, aunque indigno siervo de Dios, confió el Señor especialmente su rebaño cuando dijo: *apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*. Quiso predestinarme y escogermé para esparcir la luz en todas las naciones, entre las cuales me ha dado á los franceses por mi pueblo particular y por mis hijos adoptivos. Esta es la causa porque me dirijo á vosotros con preferencia á todos los demas, suplicándoos por vuestra piedad y por vuestro amor filial que voleis al socorro de la Iglesia de Dios, abismada en la mas triste aflicción, y liberteis de la detestable nación de los lombardos á esta ciudad de Roma, mi Silla y mi casa, en donde descanso segun la carne, pues no debeis juzgar de otro modo, hijos míos muy queridos, y tened por cierto que os estoy tan presente como

(1) Cod. Carol. Epist. 6, 5 et 6.

si con los ojos del cuerpo me viéreis. Creed firmemente, reyes cristianísimos, Pipino, Carlos y Carloman, y vosotros igualmente sacerdotes, obispos, abades, monges, con los jueces, duques, condes y todo el pueblo del imperio francés; creed que Pedro, Apóstol de Dios vivo, os habla en este discurso, y que si no me veis en carne mortal, no por eso dejo de estar cerca de vosotros en espíritu. La Reina del cielo, Maria, Madre de Dios y siempre Virgen, os habla igualmente y os ruega conmigo. Lo mismo ejecutan los tronos, las dominaciones, los príncipes de la milicia celestial, los mártires, confesores y todos los ángeles y santos queridos de Dios, los cuales os recomiendan con instancia esta ciudad de Roma, las ovejas del Señor que la habitan y la Iglesia santa confiada á mi cuidado. Daos prisa, no tardeis un momento, corred á librarla del furor de los lombardos, no sea que mi cuerpo, inmolado tanto tiempo hace en sus muros por la gloria de Jesucristo, y el lugar en que descausa por orden del Señor, vengan á ser con el pueblo romano cometido á mi cuidado el juguete de su bárbara impiedad.»

Hablando siempre el Príncipe de los Apóstoles en la carta del Papa Esteban, prometia en seguida á los franceses, si le obedecían prontamente, una prosperidad constante en esta vida, y la gloria eterna en la otra. Mezcla todas las promesas temporales de la ley antigua con los bienes espirituales del Evangelio, y con aplicaciones de la Escritura llenas de equívocos dice: «Despachaos, venid á nuestro socorro antes que vuestra madre la santa Iglesia (habla en este lugar de sus posesiones terrestres) sea deshonrada y arruinada. Mostraos inseparablemente unidos con Roma, para que no seais rechazados como extranjeros del reino de los cielos. Combatid generosamente por los romanos, mis hijos y hermanos vuestros, pues nadie será coronado sin haber combatido dignamente.»

Estos rasgos de elocuencia causaron la mas viva impresion en el ánimo de Pipino y de todos los grandes. Entró inmediatamente en Lombardia con todas sus fuerzas, protestando que no peleaba por ningun in-

terés humano, sino solo por amor á los santos Apóstoles y por la remisión de sus pecados. Sitió de nuevo á Astolfo en Pavia estrechándole tan fuertemente que le redujo muy pronto á pedir cuartel y á ejecutar fielmente el tratado del año anterior (1).

Entretanto llegaron embajadores de Constantinopla pidiendo al rey Pipino las ciudades y tierras que los lombardos habían usurpado al imperio, y que el emperador Constantino Coprónimo, mas ocupado en hacer la guerra á las santas imágenes que á los usurpadores de sus dominios, jamás se había tomado el trabajo de defender. Pipino se creyó dueño absoluto de una conquista que miraba como justo fruto de sus victorias y de las bendiciones celestiales derramadas sobre sus designios. Con arreglo al proyecto que hizo en Pontyon, y se concluyó después en Querci de Oisa en un Concilio, hizo de ellas una donación en forma á San Pedro, á la Iglesia romana y á todos los Papas perpetuamente, y la depositaron en los archivos de aquella iglesia. Se entregaron á Fulrado, á quien él comisionó para la ejecución del tratado, las llaves de todas las ciudades de la Emilia y de la Pentápolis, y este ministro fué á Roma á colocarlas con la escritura de donación sobre la columna de San Pedro. Así fué puesto el Papa Esteban en posesión del exarcado de Ravena y de la Pentápolis, llamada así por las cinco ciudades que comprendia, á saber, Rimini, Césaró, Fano, Sinigaglia y Ancona. Estas plazas unidas á las del exarcado ascendian al número de veintidos, y fueron la base del Estado de la Iglesia.

No había perdido Astolfo la esperanza de reconquistar lo que había cedido por fuerza. En el mismo año siguiente á esta cesion, habiendo los franceses evacuado toda la Italia, juntó un ejército para entrar

(1) Cont. 4, Fredeg. num. 141.

en Toscana; mas estas nuevas turbulencias se acabaron muy en breve con su vida en una partida de caza, en la que cayó del caballo y murió al cabo de tres dias. Los excesos de su ambicion estremada y violenta no impidieron por otra parte que cumpliese con algunas obligaciones de cristiano. Hacia varios donativos á las iglesias, fundó monasterios, y habiendo su cuñado Anselmo, duque de Friul, renunciado la grandeza del siglo para consagrarse á Dios, debió á las liberalidades de este monarca la fundacion que hizo del monasterio de Fanan, distante siete leguas de Módena, y algun tiempo despues la del de Nonántula á dos leguas de la misma ciudad (1). Astolfo concedió este territorio, que Anselmo y sus monges desmontaron con el sudor de su rostro; y esta institucion llegó á ser tan floreciente, que se contaron en ella hasta mil ciento cuarenta y cuatro monges, sin comprender los niños ofrecidos ni los novicios. El rey Astolfo confirmó esta donacion por una carta en que obliga al monasterio por via de vasallage ó de reconocimiento á suministrarle anualmente cuarenta sollos ó esturiones (especie de pescado) en la Cuaresma, y otros tantos en Adviento. Para manifestar la veneracion que tenia á San Pedro y desvanecer las preocupaciones, cuyas funestas consecuencias comenzaba á presentir, hizo un viage á Roma en compañía de su cuñado para ofrecer la escritura de donacion sobre el cuerpo del santo Apóstol. El Papa vistió á Anselmo el hábito monástico, y le instituyó abad concediéndole el báculo pastoral. Este duque de Friul fundó tambien muchos hospitales, y en uno de ellos se daba de comer á doscientos pobres en el dia primero de cada mes, y se celebraban en cada año trescientas misas por los vivos y difuntos.

Didier, duque de Istria, sucedió, no

(1) Act. SS. Bened. tom. 5, 681.

sin oposicion, al rey Astolfo. Ratchis, hermano del rey difunto, y que tambien habia sido rey, supo en la soledad, la cual habia preferido al trono, que una gran parte de sus antiguos súbditos deseaba que volviese á reinar. Rara vez sucede que la cesion de la corona deje de producir algun sentimiento. El monge Ratchis, cuyo retiro habia causado tanta edificacion, sintió deseos de recuperar el cetro; pero bien sea por las dificultades que se le ofrecieron, ó porque semejante idea solo le hubiese sido inspirada por los que eran hechuras suyas, ó en fin, porque no se hubiese olvidado de los principios de la Religion, se mostró dócil á las representaciones del Sumo Pontífice, relativas á los intereses inestimables de su alma, y á las consecuencias funestas de la division que encenderia entre los lombardos (1). El Papa Esteban se interesaba mucho á favor de Didier, el cual habia prometido consumir el tratado del rey Astolfo, y devolver algunas ciudades que los lombardos tenian todavía en su poder. Una proteccion tan poderosa, y que decidia de la de los franceses, dió la corona á Didier sin contradiccion. Restituyó á lo menos en parte las plazas prometidas, y en especial la ciudad importante de Ferrara con todo su ducado. El Papa dió cuenta á Pipino de la eleccion de Didier, y le pidió sus buenos oficios á favor de este nuevo rey.

Pipino hacia celebrar entonces en Vernon del Sena un Concilio de casi todos los obispos de Francia, á fin de proceder al restablecimiento general de la disciplina (2); mas como las relajaciones introducidas por las desgracias del Estado, y arraigadas por una larga costumbre, habian aumentado el mal hasta el último extremo, no se cuidó tanto de restaurar la perfeccion de los an-

(1) Anast. in. Steph.

(2) Tom. 6 Concilior. pag. 1664.

tiguos cánones como de esterminar los mayores abusos. En este año y el siguiente de 757 se celebraron otros dos Concilios en Compiègne, ó por mejor decir, dos de esas asambleas de la nacion mistas de señores y de prelados y contadas en el número de los Concilios como todas estas clases de convocaciones de Estados. Señaló entonces Pipino para su apertura el dia 1.º de mayo, en lugar del 1.º de marzo, dia en que hasta aquella época se acostumbraban celebrar. Determinóse en estos tres Concilios, cuyos cánones es difícil particularizar, que una abadesa no pudiese tener dos monasterios, ni salir del suyo á no ser por causa de hostilidades ó consentimiento del obispo cuando fuese llamada por el Soberano. Esto se aclara mas en otro cánón, el cual obliga á las abadías Reales á dar cuenta de sus bienes al rey, como las abadías episcopales la daban al obispo. Llamábanse abadías Reales aquellas que habian fundado los reyes, y que no dependian de los obispos, sino que estaban únicamente sujetas á la inspeccion del archi-capellan ó limosnero mayor de la corte. Se prohibió á los obispos, á los abades y aun á los legos el percibir salario ó retribucion alguna por la administracion de justicia. Los peregrinos fueron declarados esentos de los derechos de peazgo. Prohibióse á los clérigos en el cánón diez y ocho, recurrir á los jueces seculares sin beneplácito de su obispo ó de su abad, segun el antiguo decreto del Concilio cartaginense que impuso pena de deposicion al clérigo que declinase el juicio eclesiástico por el secular, aun cuando la sentencia secular fuese en su favor. La razon de esta prohibicion era, porque el eclesiástico que procede de este modo, parece que desprecia á sus hermanos, cuyo juicio no quiere tolerar, y de esta manera se esluve, al parecer, á sí mismo de la clase de aquellos que le merecen tan mal concepto.

La mayor parte de los otros cánones de los Concilios de Vernon y de Compiègne contienen reglamentos para el matrimonio, los mismos con corta diferencia que se han visto ya muchas veces en otro lugar. El mas notable es el que disuelve el lazo conyugal por causa de lepra, dando facultad á la parte sana para volverse á casar: mas aquí solo se trataba de la lepra anterior al matrimonio, y reputa por impedimento de impotencia.

En Compiègne en la asamblea de 757, Tasillon, duque de Baviera, rindió homenaje al rey Pipino con grandes juramentos, primero sobre las reliquias que el rey traía siempre consigo, y luego sobre los sepuleros de San Dionisio, de San German de Paris y de San Martin de Tours, á donde fué espresamente (1). Se verá no obstante por la serie de los sucesos, que estos empeños tan sagrados en favor de su tio y de su rey fueron todavía insuficientes. Iba á terminarse la asamblea, cuando llegaron embajadores del emperador Constantino Coprónimo, pidiendo la alianza y la amistad de un rey, cuyo poder y conducta tenian tanto influjo en los negocios de la Italia. Traían regalos magníficos y muy curiosos para el gusto de los galos, entre otros los primeros órganos que se habian visto en Francia, los cuales fueron colocados en la capilla del palacio de Compiègne (2). Pero todos los dones y artificios de los griegos no fueron capaces de alterar los efectos de la munificencia de Pipino para con la Iglesia romana. Algun tiempo despues, otros ministros del mismo emperador fueron á proponer al rey que se uniese con él contra los lombardos, ofreciéndole por esposo de su hija Gisela al príncipe Leon, primogénito del emperador. Pipino con toda la sencillez

(1) Tom. 6 Concil. p. 1694.

(2) Monsch. S. Gal. lib. 2, cap. 10.